

sentir por ella un noble y desinteresado afecto que pueda, sepa y quiera darle buenos consejos, prever el precipicio en que va á caer y sostenerla para que no caiga, tenderle una mano cariñosa y fuerte para levantarla de su caída ó sostenerla al menos en su ya irremediable infortunio.

Ramona, hija del prestamista usurero don Felipe, que ha llegado á ser muy rico, se educa en un excelente y aristocrático colegio de señoritas, donde, sobre su buen fondo natural, pone la educación los más delicados sentimientos. Por desgracia, Ramona, de acuerdo con la sentencia evangélica, es cándida como las palomas, pero dista muchísimo de cumplir con la primera parte del consejo ó del precepto: no es prudente como la serpiente. Notoria es su imprevisión y lastimosa su ineptitud para la vida. Guardará en su alma un tesoro de virtudes, pero desde luego se ve que carece de las dos virtudes cardinales que más nos importan: de la prudencia y de la fortaleza.

Ramona se casa con un joven marqués sin que se vea en la novela que se casa por amor. Se casa por casarse y por ser marquesa. El marqués quiere dorar sus blasones por medio del casamiento, así como ella quiere blasonar su oro. Caso es éste que ocurre con harta frecuencia. No sostendré yo que moralmente sea muy bonito. Poco airoso es para un hombre

valerse de sus títulos nobiliarios y del esplendor con que le rodea la alta sociedad en que vive, para conseguir que una mujer le mantenga. No siempre, sin embargo, tales contratos matrimoniales traen aparejada la desventura. Tal vez el marido titulado es un bendito, tan lleno de gratitud y de afecto hacia su rica consorte, como Elías ó San Pablo, primer ermitaño, hacia los cuervos que les traían el alimento. Y tal vez, si el marido titulado es listo, el dinero de su mujer vale para auparle y le sirve de trampolín para entrar con desahogo en la vida política, escalar los puestos más altos y brillar y hacer brillar en ellos á su compañera.

No es esto negar que el marido poseedor del título no pueda ser, y no sea á veces, ya un tonti-loco, ya un desalmado sinvergüenza, ya el más derrochador y vicioso de todos los hombres; pero de todo esto parece inverosímil que no se tuviese alguna noticia antes de la boda y aun antes del noviazgo. ¿Cómo es que el padre y la madre de la niña no se opusieron? ¿Qué ceguedad tan grande no fué la de la misma niña y tan injustificada y tan apenas explicada, ya que su amor no se ve que fuera muy vehemente para rendirse y entregarse en cuerpo y en alma á un perdido, sólo casi con el mero aliciente del marquesado?

En el caso de *La sima*, la docilidad de Ra-

mona raya en tontería y en poco verosímil debilidad de carácter; pero menos verosímil es aún que D. Felipe, padre de ella, que debía de ser muy experto en crematística, no prevea la ruina de su yerno, y, por consiguiente, de su hija, y no procure evitarla. La única que lo procura es la madre, y la madre muere de un sofocón.

Don Felipe, que según se trasluce, estaba ya en vida de su mujer enredado con la sirvienta, se casa con ella no bien enviuda. Lance es éste naturalísimo, vulgar y verosímil. Lo que es raro, por dicha, es la maldad completa de todo individuo. Siempre, ó casi, siempre, al lado de las más perversas cualidades, suele entrar alguna buena ó mediana entre los ingredientes que componen el carácter de cada persona. La más desaforada piruja, la que, abusando de la lascivia senil y fomentándola con maña diabólica, llega á apoderarse del corazón y de las riquezas de un viejo chocho, ya suele mostrarse generosa para hacerse perdonar sus bellaquerías, aun sin tener el menor resquicio de bondad en su alma, ya para serenar su conciencia echa en la balanza de sus acciones alguna buena que sirva de contrapeso á las malas. No digo que Nicolasa, la madrastra de la marquesa Ramona, sea una criatura inverosímil de puro mala. Hay ó debe de haber muchas Nicolasas en la vida real y en la

sociedad en que vivimos. Lo raro en todo esto, lo que parece, no resultado del natural encadenamiento de las cosas, sino maraña ó trama urdida por el mismo diablo, es que no haya en torno, ni cerca, ni lejos de la pobre Ramona sujeto masculino ni femenino que sea honrado, decente y cariñoso con ella y que para algo pueda serle útil. El único ser que tiene para ella amistosa y desinteresada devoción es un pobrecito jorobado, desvalido y casi inútil.

¿Cómo es posible que Ramona no tuviese una amiga en sus antiguas compañeras de colegio ó entre las personas de la clase media que debían visitar y tratar á su padre y á su madre, ó entre las damas elegantes que hubo ella de conocer y de agasajar en su casa antes de quedar arruinada? Bien sé yo que al que se queda pobre la gente suele despreciarle y volverle la espalda, pero no hasta el extremo de que no quede una sola criatura racional que le tienda la mano y que le aliente y consuele.

En el colegio, y aún después, Ramona, educada católicamente, hubo de tener confesores, hubo de tratar con sacerdotes. ¿Cómo no halló uno menos indiferente y frío de entrañas, menos despegado y duro para ella que el padre Zubulzu?

Ramona era bonita, elegante, no tenía nada de necia y mientras vivió en la alta sociedad, y no cayó en la sima, hubo de tener admirado-

res, amigos jóvenes y viejos que la estimasen, que la atendiesen, y con alguno de los cuales, á pesar de todo su recato y severidad de costumbres, pudo ella ser amable, concediendo aquellos favores de casta predilección y de limpia y amistosa confianza que no ya la austera virtud, pero ni la santidad prohíbe. ¿Cómo es que ninguno de esos amigos trató primero de evitar que cayese en la sima, ó procuró después sacarla de ella sin exigirle en pago la humillación y la deshonra?

Posible es que las circunstancias se dispongan de tal suerte que un desgraciado no halle persona á quien volver la cara; pero no se debe suponer, sin insultar ni calumniar al linaje humano, que el desgraciado no halle á dicha persona porque en realidad no exista en el mundo. La desventura de Ramona llega, pues, al más raro cuando no al más increíble de los extremos. Fuera del jorobado, nadie hay que la asista ni que mire por ella: ni criadas ni otra gente humilde, ni personas de la clase media, amigos ó parientes de su familia, ni damas y caballeros de la sociedad aristocrática en que se ha criado y después ha vivido.

Extraña es también la completa y espantosa miseria hasta donde el autor conduce á su heroína, dotándola para ello de generosidad tan magnánima, que no puede menos de confundirse un poco con la simpleza hasta en el pen-

samiento de las personas más novelescas y despreciadoras de los intereses materiales.

A cualquiera se le ocurre, por último, la idea de que una mujer sana y joven, de veinticinco ó veintiséis años, educada con esmero, debe de tener alguna habilidad, saber algo, disponer de algún medio, industria ó recurso para ganarse honradamente la vida. Puede ser aya, maestra ó acompañanta de señoritas ricas. Puede enseñar música, francés, inglés, labores de manos y hasta primeras letras. Puede bordar, pintar, hacer algo, en suma, que le valga dos ó tres pesetas diarias. La mala suerte aprieta, pero no siempre ahoga. En *La sima* se nota demasiado el decidido empeño del autor de precipitar en ella á su heroína arrojándola en tamaña hondura que no le sea posible salir; que no le quede más recurso que la muerte ó la infamia. Impulsada Ramona por la tétrica imaginación del Sr. Ortiz de Pinedo, viene á caer fatalmente en este horrible dilema: ó suicidarse, ó ser la manceba del torero Severiano, alias *el Zuncho*. Y como la infeliz Ramona carece del valor que para el suicidio premeditado se requiere, ó bien, si el valor no le falta, su conciencia moral ó religiosa le veda cometer tan horrendo crimen, Ramona opta por el otro término del dilema, y bien se ve, al terminar la novela, que va á incurrir en un pecado más feo, más sucio y más plebeyo, aunque menos

feroz y menos contrario que el suicidio al orden natural y á la razón y á la voluntad divinas.

Durante la lectura de las últimas páginas de *La sima* nos forjamos por algunos momentos la grata ilusión de que Ramona, en medio de su abandono, iba á hallar un noble valedor en el torero: alguien que la protegiese sin exigirle brutalmente la paga; pero, como ya queda indicado, esta ilusión se desvanece pronto. El torero no es mejor que los demás seres de nuestra especie. Unicamente sobresale entre ellos por su energía, pero esta energía no manifiesta su actividad por ningún generoso impulso, sino movida sólo por egoístas y bestiales apetitos.

A pesar de cuanto queda dicho, á pesar de ciertas impropiedades é inverosimilitudes en los pormenores, y á pesar de varias coincidencias que sobrevienen demasiado á propósito para que parezcan fortuitas, como la imprevista aparición del torero en una grave ocasión en que salva á Ramona del trance más vergonzoso y desastrado, *La sima* está planeada y escrita con tal arte, que su lectura interesa, atrae y seduce, aunque en vez de deleitar aflija, acabando por descorazonar, si nouviésemos el recurso de reflexionar que todo es fingido y falso, que todo es amañado, exagerado y teratológico, y no ordinario y corriente, por fortuna.

En resolución, yo me atrevo á calificar al Sr. Ortiz de Pinedo de buen pintor de costumbres, aunque me alegraría de que mostrase menos amarga predilección por la pintura de las malas, y de que pusiese menos color negro, menos sombras y más luz, y más tintas de rosa y de azul de cielo en su paleta. Tal vez en lo futuro lo haga así, sin obstinarse en producir extraordinarios efectos contristando más de lo justo el ánimo de sus lectores. Muchísimo, en mi sentir, ganará con esto el Sr. Ortiz de Pinedo.

IV

Así como todo lector cándido y crédulo podrá inferir después de leer *La sima* que es una abominable patulea la mayoría de los seres humanos, la lectura de otra flamante novela que tengo sobre mi mesa, y cuyo título es *Nieve y cielo*, puede inducir en error menos cruel, pero no menos evidente. ¿Es verosímil, es frecuente en la vida real que haya un gran conjunto de hombres y de mujeres apacibles, sencillos, virtuosos y buenos á carta cabal, los cuales vivirían feliz y honradamente en un perpetuo y almidado idilio, si no hubiese un tirano que les impusiese su yugo, que los tratase á puntapiés

y que los dominase á su antojo, como fiero y rústico pastor á rebaño manso é inerme.

Esta idea de la bondad de la muchedumbre y de la desventura á que la condena un solo malvado que sobre ella impera ó prevalece, es idea menos misantrópica que la de suponer que todos, ó casi todos, somos perversos; pero es idea no menos falsa y muchísimo más vulgarizada. Los malos príncipes, los gobiernos estúpidos ó inmorales, los jueces inicuos, la autoridad, en suma, de cualquier grado ó clase que sea, tiene, para los que piensan de dicha suerte, la culpa de todos los males. Si una ciudad, villa ó aldea se empobrece y se arruina; si sus habitantes pierden el bienestar, el reposo y la cultura de que en otro tiempo gozaban, culpa es del ayuntamiento ó del alcalde. Y si una nación decae, si pierde su poder y su crédito, y si las naciones extrañas la ofenden ó la menosprecian, culpa es del monarca ó de sus tontos y perversos ministros. Lo falso que es pensar de la mencionada manera se advierte á las claras, considerando que ni el alcalde, ni el ayuntamiento, ni el rey, ni los ministros, ni nadie de cuantos se sobreponen y mandan incurrirían en maldades y harían cosas estúpidas, si no los sostuviese en su maldad y en su estupidez, colaborando con ellos, cuando no la mayor parte, la más activa y briosa de los seres que componen la nación, la ciudad, la villa

ó la aldea. En todo pecado, en todo crimen, en toda tiranía, apenas hay nunca nada de imputable á uno solo. La sociedad entera debe responder de las tonterías del poder cuando da el poder á los tontos, y declararse culpada de los desmanes y delitos de ese mismo poder que la representa y que ella crea, sostiene y aguanta.

No se entienda por esto que supongamos indispensables, ni siquiera convenientes la desconfianza perpetua ó la frecuente insurrección de los gobernados para que éstos no se hagan, á par de víctimas, cómplices de las torpezas, desmanes y crímenes de los que gobiernan. Lo que yo supongo, y lo que creo casi á pies juntillas, es que el tirano, benévolo ó malévolo, monarca ó tribuno, presidente de la república, alcalde de monterilla ó cacique, se cría, se nutre ó respira en el medio ambiente, cumple la voluntad de los más ó de los que más valen por el número ó por la energía, y no sería lo que es si no le prestasen auxilio y apoyo para que tal sea. Tal vez Nerón, si volviese á reinar en el día en una nación culta de Europa, sería un rey constitucional afabilísimo, algo enamorado y amigo de divertirse, pero muy generoso protector de las ciencias y de las artes; tendría á su lado á algún compositor de óperas como Wagner, á alguna excelente bailarina como Lola Montes, y á un brillante séquito de ar-

quitectos, escultores, pintores, poetas, literatos y sabios. Tal vez Felipe II, si resucitase y reinase de nuevo en España, él, tan identificado con el espíritu nacional y con el pensamiento nacional de entonces, sería hoy no menos cominero y desconfiado y no menos engorroso que ya lo fué; pero dejándose llevar de la corriente de los tiempos, lejos de ser fanático, sería librepensador, aunque con disimulo, con firmeza, y procuraría por diferentes *orientaciones*, como se dice ahora, aquel engrandecimiento y aquella prosperidad de sus Estados que sin duda procuró cuando reinaba por vez primera.

Traigo á cuento todo lo antedicho para fundamento de la opinión que voy á dar sobre la ya citada novela *Nieve y cieno*. Es la nieve, si no la población entera, la gran mayoría de los habitantes de una pintoresca y linda villa de las Alpujarras, situada en la fértil aunque riscalda falda del encumbrado Veleta, y designada con el seudónimo de Iberuela. Y son el cieno el alcalde ó cacique y su hijo Lucas, par de encarnados demonios que todo lo añascan. Si no fuera por ellos, aquel lugar sería un Paraíso. La campesina sencillez de costumbres, la inocencia alegre y suave y el amor puro reinarian allí si no fuese porque Lucas, el hijo del alcalde, está prendado, á modo de lascivo sátiro, de la gentil Esperanza, dechado de todas las

virtudes y demás buenas prendas que pueden realzar el mérito de una muchacha. El padre de ésta es un excelente sujeto. Y el señor cura, D. Serafín, un verdadero santo varón, un venerable siervo de Dios, un modelo de curas. Su sobrino, Luciano, no le va en zaga en punto á perfecciones morales. Es desinteresado, discreto, trabajador, instruido y valiente, dando pruebas de lo último en la guerra de Cuba, donde tuvo que ir á pelear porque le cayó la cédula de soldado. Vuelto ya al lugar con la licencia absoluta, viene á ser maestro de escuela, y enseña tan bien á los chicos y con tanto tino y afecto, que los chicos y los padres de familia le bendicen y le aman.

Desde antes que Luciano fuese á militar en la Perla de las Antillas, desde la infancia casi, ó sin casi, Luciano y Esperanza eran novios; estaban dulcemente encadenados por el florido lazo de los más castos y delicados amores.

En la novela *Nieve y cieno*, cuyo autor es el Sr. D. José Joaquín Domínguez, magistral, á lo que entiendo, de la santa iglesia catedral de Guadix, todo cuanto llevo contado en cifra está primorosamente contado por extenso, con rara y castiza elegancia de estilo, con espontánea naturalidad y con tal viveza y con tal riqueza de colorido que acreditan de excelente é inspirado escritor á quien lo hace, demostrando además que pinta lo que ha visto, que

lo toma del natural y que siente y ama y refleja en su alma toda aquella hermosura, no ya sólo como en fiel espejo, sino adornada, glorificada é iluminada asimismo por ideales resplandores.

La historia amorosa de *Nieve y cieno* sería tan grata y apacible, aunque harto menos sensual y mucho más etérea, que la de Dafnis y Cloe, si no fuese, como ya queda indicado, por el pícaro Lucas, hijo del cacique. Este lo echa todo á perder de la manera más imprevista, brutal y cruenta.

Como era naturalísimo, los enamorados Luciano y Esperanza llegan al término de sus legítimos deseos, y reciben la bendición nupcial en la iglesia; pero, *coram pópulo*, cuando entre la multitud, y con general regocijo, salen de la iglesia los recién casados, Lucas aparece, se arroja sobre Luciano como un tigre sobre su presa, y le da muerte con dos certeras y terribles puñaladas.

Lastimoso es el hecho. No carece de verosimilitud, aunque es extraño que alguien, por empedernido, cínico y feroz criminal que sea, recurra al asesinato con tan escaso disimulo. Por más que se cumpla la frase ó sentencia proverbial que afirma que nada es muy peligroso ni muy difícil de realizar cuando se tiene el padre alcalde, más extraño es aún que el asesinato de Luciano quede impune, y has-

ta que sea aplaudido por la autoridad superior, lo cual se indica y se presume por el final de la novela. El padre de Lucas, el alcalde ó cacique, Antolín Carrejo, va á la capital y trata de probar, y prueba, que Luciano era un tremendo conspirador, algo á modo de un Lucio Sergio Catilina, y que había sido muerto para que la república, la paz y el orden se salvaran. A ciencia y paciencia del honrado vecindario de Iberuela, tan amante de Luciano y tan ligado á él por la admiración y la gratitud, ¿cómo pudo forjarse sin contradicción ni protesta tan inicua maraña? ¿Cómo pudo quedar sin correctivo y pena tan negro crimen? ¿Cómo eran tan tímidos ó tan incapaces los habitantes de Iberuela, que tamaño horror consintiesen y sufriesen? Y, en todo caso, sin negar la posibilidad, porque apenas hay nada que no sea posible, ¿es lícito inferir de un hecho singular y anormal una general proposición afirmativa? ¿El caciquismo es siempre causa de infortunios y de inmoralidades? En el día de hoy, el más bullidor, el más sabio ó el más rico de cada lugar, donde suele disponer y mandar cuanto se dispone y se manda, se designa chistosamente con el apodo de cacique, lo cual no deja de ser ofensivo para sus conciudadanos, quienes de un modo implícito quedan calificados de indios bravos ó semisalvajes. ¿Pero cuándo no hubo ó cuándo dejará de haber ca-

ciques, aunque con otro nombre ó apodo los designemos? Desde antes que Cadmo aportase á Grecia, y desde antes que Saturno reinase en Italia, en Grecia y en Italia hubo caciques. Y lo que es en España los hubo muy viciosos desde los tiempos antiquísimos de los Geriones, de quienes en balde nos libertaron Osiris y el Hércules egipcio, ya que después dominó este desventurado país casi sin interrupción una larga serie de no menos feroces tiranos. Véase, pues, cómo el caciquismo es achaque antiguo por donde quiera, y muy singularmente en España, y cómo semejante plaga no puede ni debe considerarse como deplorable novedad introducida é implantada entre nosotros por constitución ó régimen político de última moda.

Sea de todo ello lo que debe ser, y prescindiendo de la tesis, si en *Nieve y cieno* es lícito traslucir que la hay, bien puede asegurarse que dicha novela es de muy grata y apacible lectura hasta que ocurre la tragedia con que termina. Y bien puede asegurarse que el señor D. José Joaquín Domínguez escribe con muy castiza elegancia y delicado gusto, y deja conocer, sin afectación y sin importunos alardes, que ha estudiado bien á nuestros clásicos y á los de la docta antigüedad griega y romana, sin copiar servilmente nada de ellos, sino poniendo en su estilo sabor y aroma, como el

que presta al vino nuevo la solera de vino rancio y generoso que el antiguo vaso contiene.

Quisiera yo dar aquí noticia de otros cuentos y novelas recientemente publicados. La cosecha, como ya indiqué, es abundantísima en el siglo presente y también lo fué en el pasado. Me arredra, pues, fatigar á mis lectores. Y sin perjuicio de emprender de nuevo la tarea de crítico en otra ocasión en que me sienta yo menos cansado, me limitaré ahora á citar por sus títulos á *Tomás I*, por D. José Jesús García, impreso en Almería; á *Gondar y Fortaleza*, por el marqués de Figueroa; á *Suelo*, por D. Sebastián Gomila, edición de Barcelona; *A la sombra de la mezquita*, cuentos cordobeses, por D. Julio Pellicer; *La mujer de Ojeda* (Alicante, 1901), por D. Gabriel Miró; *Naderías*, cuentos y artículos, por don Alfonso Jara, y *Del bulto á la Coracha*, por el ya muy estimado y celebrado malagueño don Arturo Reyes.

Hoy, por último, sólo daré cuenta de una novela de un escritor sevillano, conocido ya por erudito y también por elegantísimo é ingenioso poeta. Como novelista, no sé yo que D. Luis Montoto, el escritor á quien aludo, haya publicado nada antes de escribir y de publicar la novela que lleva por título *Los cuatro ochavos*. Como poeta lírico le conocía

yo y le estimaba en mucho desde hace tiempo. En el movimiento intelectual y en la actividad literaria de que es centro Sevilla, figura entre los más ilustres literatos. Con su novela *Los cuatro ochavos* viene ahora á colocarse, sin duda, entre los mejores y más originales novelistas de toda España.

La historia que nos cuenta está inmediatamente tomada de la realidad. Todo en ella, más que de ficción, tiene trazas de fiel trasunto de cosas que se han presenciado; no de nada que se inventa, sino de sucesos y de personas que se recuerdan. Y sin embargo, de los tales sucesos y personas, que aparecen vulgarísimos al empezar la narración, brota y se desenvuelve luego la encantadora poesía.

Don Antonio, el principal personaje, el dueño de *los cuatro ochavos*, se nos muestra al principio tímido, engreído con sus riquezas, egoísta y hasta pervertido y vicioso, no arrasado por pasiones violentas, sino por debilidad de carácter.

El interés de esta curiosa novela, lo que verdaderamente nos la hace simpática, no es la transformación ó el cambio, porque nada cambia ni se transforma, sino la aparición cada vez más clara y más brillante de la bondad, nobleza y dulzura del alma de D. Antonio, que va desechando poco á poco sus miserias y sus vicios por debilidad contraídos, y

acaba por resplandecer en su desnudez espiritual, limpia, inmaculada y rica de bondadosos afectos.

El valer moral del á primera vista insignificante D. Antonio va elevándose gradualmente hasta que, en nuestro concepto, se transfigura y aparece cercado de simpáticos resplandores.

Su generosidad, mal empleada primero, ya en mujeres livianas, ya en sostener en la holganza y la crápula al desvergonzado parásito Pepe Carranza, empieza á tomar atinada dirección merced al cariño, sin el menor viso ni asomo de concupiscencia, que le inspira Soledad, fiel y honrada ama de llaves. Se extrema después la bondad del corazón de D. Antonio cuando recoge al niño Angelito, que providencialmente viene á ponerse bajo su amparo, y que es hijo de Soledad y del anarquista Isaías, que ha tenido que huir y que emigrar á Buenos Aires.

El amor paternal que siente D. Antonio por el niño que ha recogido, sin que Soledad se haya valido de maña ni de astucia para que le recoja y le ame, hace ya á D. Antonio digno de veneración y simpatía.

El ulterior y bien motivado examen de conciencia que hace D. Antonio recorriendo punto por punto su vida pasada y reconociendo con pena y arrepentimiento cuán inútil y estéril ha sido, le realza y le purifica á nuestros ojos,

le pone muy por cima de sus *cuatro ochavos*, de que antes cándidamente se ufanaba, y le eleva también sobre las personas miserables é interesadas que le rodean: sobre el parásito Pepe Carranza y sobre sus destestables parientes Teodorita y Ricardo, que ansiaban heredarle y que al fin le heredan.

Tampoco en esta novela de *Los cuatro ochavos* triunfa la virtud en el mundo. Teodorita y Ricardo son los que triunfan. Bien puede decirse que son ellos los que matan á disgustos á D. Antonio.

El fin de la novela no puede ser más trágico. Si sólo se atiende á lo material y externo de la vida humana, no puede ser más pesimista. Soledad queda desvalida, acusada de ladrona y casi deshonrada. Su marido, que ha vuelto de Buenos Aires y ha tomado parte en un tremendo motín popular, muere de un balazo capitaneando las turbas. Y el bueno de D. Antonio, sin persona amiga que cuide de él, y entre las rapaces garras de sus infames primos, acaba lastimosamente su vida.

Pero lo singular de todo esto, lo que prueba que el estilo, las creencias y los sentimientos del narrador y la luz del cielo con que tal vez ilumina los casos más crueles y las mayores catástrofes pueden trocar el mal en bien y convertir el veneno en triaca, es que Angelito y Soledad, tan desventurados materialmente,

se hacen dignos de envidia y de gloria, y el pobre de D. Antonio, que al principio de la novela casi nos infunde desprecio y es objeto de risa y de burla, acaba por ser amado y venerado de los lectores.

El dejo que en el ánimo de ellos debe de quedar después de leída la novela no es desconsolador ni depresivo, sino que está lleno de suave y religiosa consolación y de la moralidad más verdadera y más alta. Y cuando esto no se opone, sino que se aviene y se concierta con el entretenimiento ameno que obras de esta clase han de traer consigo (porque si lo moral fuese aburrido, lo moral se convertiría en inmoral, ya que haría lo moral odioso), dichas obras merecen todo aplauso y cumplen hábil y discretamente con el fin que ha de proponerse el novelista, deleitando y enseñando á la vez, sin fastidiar el espíritu, sin darnos un mal rato, sin entristecer ni oprimir los corazones.

Yo creo que la novela del Sr. Montoto realiza cumplidamente el mencionado fin. Por eso me complazco en celebrarla, envío á su autor mi más cordial enhorabuena, y le excito, hasta donde mi aprobación y mis alabanzas alcancen, á que siga escribiendo narraciones con el acierto que puede esperarse del que ya en *Los cuatro ochavos* se advierte y celebra.